

**GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario, *Invitación al cristianismo. Experiencia y verdad*. Salamanca: Ed. Sígueme, 2018, 190 pp.**

**MARÍA DEL CARMEN PAREDES MARTÍN**

Doctora en Filosofía  
Catedrática Facultad de Filosofía  
Universidad de Salamanca  
Salamanca/España  
paredes@usal.es

Recibido: 28/06/2019  
Aceptado: 18/09/2019

Nuestro gran teólogo Olegario González de Cardedal vierte en este libro algunos aspectos de su bien conocida sabiduría sobre un tema que tiene hoy más actualidad, si cabe, que en otros momentos del pasado reciente. Esta “invitación al cristianismo” es una propuesta abierta para la reflexión sobre el alcance de nuestras creencias y su influencia real en la interpretación de nuestra vida.

En el comienzo de esta obra, el autor plantea la cuestión del fundamento ontológico del ser humano como elemento indispensable para el sentido de su finitud y de su dignidad así como para el de su trascendencia. La crisis de este fundamento, experimentada bajo formas diversas en nuestra época, apunta hacia el nihilismo más o menos acentuado que irrumpió desde la filosofía y adquirió carta de naturaleza en distintas instancias culturales. Por ello esta invitación nos es formulada partiendo de la experiencia como hecho originario de la vida humana, tanto más cuanto que la experiencia de la fe tiene en la experiencia de la vida su horizonte y equivalencia (37ss). El análisis de la experiencia religiosa pone el acento en su dimensión de trascendencia, que es a la vez inmersión en el profundo significado de la salvación y en su indefectible vinculación interna con la esperanza. De este modo se hace ver que la experiencia cristiana tiene continuidad antropológica con la historia religiosa de la humanidad y continuidad histórica con el pueblo de Israel (47). La continuidad antropológica permite la apertura total del hombre hacia la experiencia absoluta de una presencia de Dios en su vida; desde la perspectiva histórica, entronca con el Antiguo Testamento como una historia de salvación en la que Dios se ha dado a conocer a los hombres y ante ellos se ha manifestado.

En este sentido, un punto fundamental se refiere a la transmisión del cristianismo en cuanto revelación vivida por una primera comunidad que se ha ido expandiendo a través de la historia. El mensaje cristiano lleva el sello inconfundible de su tiempo, su transmisión se funda en la experiencia y en la fuerza de la fe –que no se esconde en el silencio de la vida solitaria del alma–, pero su esencia es ser vehículo de revelación de Dios. De ahí que surja el problema de cómo enlazar la historia de los hechos con la verdad universal que otorga significación a los mismos (60s), cómo establecer la continuidad y la novedad entre la historia que precede al cristianismo y la aparición de éste, entre el mensaje originario y nuestra contemporaneidad, sin que el relato histórico se apodere de la revelación, convirtiéndola en un “*temps raconté*” sin Absoluto.

Por ello, la razón de ser de la transmisión se articula, más allá de la exigencia de compartir una fe recibida, en la fuerza trascendente de la Palabra y el poder de salvación del Sacramento. Desde esta doble dimensión del cristianismo, “como esencia permanente y figura variable” (65), se establece la exigencia concreta de transmitir la fe en el marco de una comunicación diversificada, sin que corra el riesgo de perder su significado en un horizonte cultural tan fragmentado como el de nuestro tiempo. En esta pluralidad cambiante, que se acrecienta día tras día, sobresalen algunos elementos que contribuyen a sustentar la importancia suprema del mensaje cristiano en medio de la dispersión de lo cotidiano, como son la atención a la persona y la potencia fructífera de la reflexión.

Así se destaca la prioridad de la cercanía humana y la presencia solidaria de la Iglesia ante las necesidades que suscitan todo tipo de situaciones y circunstancias. Se ha dicho recientemente que la Iglesia es un pueblo con muchas presencias y cabe añadir que el sentido más característico de las mismas incluye de manera especial la afirmación del valor de la persona, que se erige en principio de comprensión a la hora de explicitar los motivos de esas presencias. En su misión pastoral y en su liturgia, la Iglesia desarrolla continuamente una labor de transmisión personalizada (68ss); quien la lleva a cabo da a conocer un hallazgo de algo que él no hizo ni estableció, aunque los hechos narrados conserva su realidad más allá de las palabras.

La reflexión también pertenece a la experiencia y contribuye a la formación de actitudes necesarias tanto para el esclarecimiento como para la proclamación de la vivencia cristiana. Es una llamada a la interioridad y una búsqueda de motivos para la confianza en el *sentido* trascendente de la existencia. Es entonces cuando la reflexión ilumina el camino hacia un diálogo sobrenatural, en el que el protagonista es Dios, pero donde no puede faltar el hombre. Dios se revela al hombre en una experiencia profundamente dialogante, que trasciende las coordenadas temporales y culturales, los prejuicios más consolidados y la pretendida seguridad de lo ya sabido. Como se ha afirmado también desde la filosofía, aunque

tantas veces se ha olvidado, no basta el conocimiento histórico del cristianismo ni el asentimiento a sus proposiciones como fórmulas o mandatos de fe (71), lo que Hegel llamaba “la religión del entendimiento”. Es preciso admitir y reconocer desde el interior la realidad viva y personal de Cristo como testimonio culminante de otro modo de ser hombre y como piedra angular para otro significado de ser pueblo de Dios.

Desde esta amplia visión de la experiencia cristiana, Olegario González de Cardedal aborda con profundo y especial cuidado la verdad del cristianismo para ocuparse seguidamente del significado absoluto de la figura de Cristo y de las diferentes dimensiones de la manifestatividad de Dios. En nuestra lectura, recordamos la pregunta de Safranski: “¿cuánta verdad necesita el hombre?” y encontramos la respuesta en que la pretensión de verdad objetiva y subjetiva del cristianismo se asienta sobre la persona de Cristo como “plenitud de la verdad revelada” (98). Ciertamente, esta afirmación se enfrenta de inmediato a no pocas dificultades en una cultura de la postverdad que se nutre de un relativismo generalizado. La renuncia a la verdad, que es el naufragio de la razón, promueve el escepticismo y socaba el sedimento de la unidad en aras de un pluralismo que suele desconocer la fragilidad de sus presupuestos. En relación con estas tres actitudes teóricas y prácticas: relativismo, escepticismo y pluralismo, el autor sostiene la validez y la vigencia del auténtico sentido del hombre y del mundo como “obras de Dios” (82ss) y la necesidad de encarar las preguntas metafísicas y morales, alternativas últimas e insoslayables, sin abandonarse a la pereza de una conciencia secularizada ni a la intransigencia de un fundamentalismo religioso extremo que a veces menosprecia la vida.

La verdad del cristianismo prevalece por encima de las inseguridades que pueblan nuestras ideas, sin sucumbir al paso del tiempo. La afirmación del Dios cristiano recorre el camino desde la concepción bíblica de la creación hasta la realidad salvadora del perdón en la Cruz. Así, el don de la creación se opone no solo a la idea de necesidad, sino también a la hipótesis de la des-creación de un Dios ausente (S. Weil). Lejos de esto, la fuerza creadora y significativa del don de Dios es razón de nuestra existencia, de la encarnación y de la reconciliación (111s., 119s.). En el centro del cristianismo, esta comprensión de Dios abarca todas las facetas de la fe iluminando el sentido de la vida y el destino del mundo. Pero este centro solo se comprende a su vez desde la vida de Cristo como voluntad de Dios hecha Palabra. La encarnación imprime una dimensión totalmente inédita al relato bíblico del origen, instaura para el hombre una relación distinta con Dios, que dota de luz al deber ancestral de la obediencia, renueva y esclarece para siempre la confianza en una reconciliación verdadera. El “morir por nosotros” se hace realidad como un “morir con los otros” (cf. 121s) que mantiene viva la esperanza.

Definitivamente, el “morir por nosotros” es la “novedad irreductible del Nuevo Testamento” (117), que sintetiza el significado final del mensaje cristiano y a la vez representa un nuevo comienzo en relación con la presencia de Dios en la historia de Israel. Un comienzo que, como la Encarnación, no es temporal, sino permanente. El eje de la historia proporciona el anclaje mundano para el acontecer esencial por antonomasia que trasciende el lugar y los momentos y éxtasis del tiempo. Olegario González de Cardedal destaca la paradoja de la humilde vida de Cristo y de su muerte promovida por la traición y el abandono. Esta paradoja se proyecta sobre la fundación de la Iglesia, constituida por la entrega del cuerpo y la sangre de Cristo (141), entrega a los otros y “por nosotros”. Y se proyecta asimismo sobre la finitud, también paradójica, del ser humano, que por distintos caminos busca la plenitud en la servicialidad de la naturaleza y las cosas, en el descubrimiento de su propia interioridad y del encuentro con el prójimo, así como en la realización de su destino trascendente en la religión. La Iglesia “parte conscientemente” (142) de estas dos paradojas y se consolida en su larga existencia de diversos modos a través de ellas. Pero precisamente por ser “fruto de una iniciativa divina” (íbid.), la Iglesia no podría hacer llegar a los hombres el mensaje de salvación si no estuviera sustentada por la plenitud de verdad y humanidad hecha realidad en Jesucristo.

Esta plenitud se hace patente en la resurrección. “Fue la experiencia de encontrarle resucitado...lo que reveló la identidad de Cristo” (151) como salvador del mundo y manifestación gloriosa de Dios. Para nuestra historia particular de seres humanos, la muerte invalida promesas y relativiza pretensiones. Frente a ella, la resurrección de Cristo es el inicio de un nuevo modo de existir y la derrota del reino de las sombras, en definitiva, el paso de la perdición a la salvación. Con este paso se vuelve a escribir el itinerario de la redención y lo que en su momento fue un suceso aparentemente particular pone de manifiesto su verdadero sentido universal. Para el creyente, la vida de Jesús no se puede comprender ya como el camino de ida desde la encarnación a la resurrección sin incurrir en una linealidad que es producto de nuestra razón limitada. El camino revierte sobre sí mismo porque en él Dios, misterio del mundo, queda “entreabierto” (160) “como origen amoroso, relación paterna y destinación consumadora de vida” (160-161).

El último capítulo de este fecundo libro ofrece una meditación sobre la santidad cristiana “desde Cristo y desde la Iglesia como puntos de partida, y desde el mundo como punto de realización” (163). Es como una nueva reflexión sobre el fundamento del ser humano, que ya no es solo ontológico sino sobre todo cristológico. Una vez más, la tradición judeo-cristiana presenta aquí continuidad y discontinuidad. Para el significado central que se manifiesta en este libro, Jesús es el momento intermediario y culminante de la santidad: intermediario, por su remisión al Padre y al Espíritu Santo (175), culminante, por ser la plasmación

humanizada de la dimensión “vertical” (163) de la santidad. Asimismo, la Iglesia y el creyente reciben de Jesucristo el modelo de su santidad redentora y encuentran en él la posibilidad real de una humanidad redimida. Como se nos había anticipado al abordar la posición del cristiano en el mundo, hay cuidados “que tiene el hombre que atender: el cuidado de sí mismo, el cuidado de Dios y el cuidado del prójimo” (88). Estos tres cuidados dan testimonio de la visión teológica de la santidad que se despliega en estas últimas páginas (182s).

Este libro admirable es un recorrido por distintas estancias que se comunican y entrelazan unas con otras y es fruto de una unidad de pensamiento acrisolado y acreditado en numerosas obras. Es un libro que nos sale al encuentro; nos invita a reflexionar sobre la propuesta cristiana de una verdad absoluta y sobre el misterio inefable de Dios, pero también nos indica el sendero que desemboca en él.